

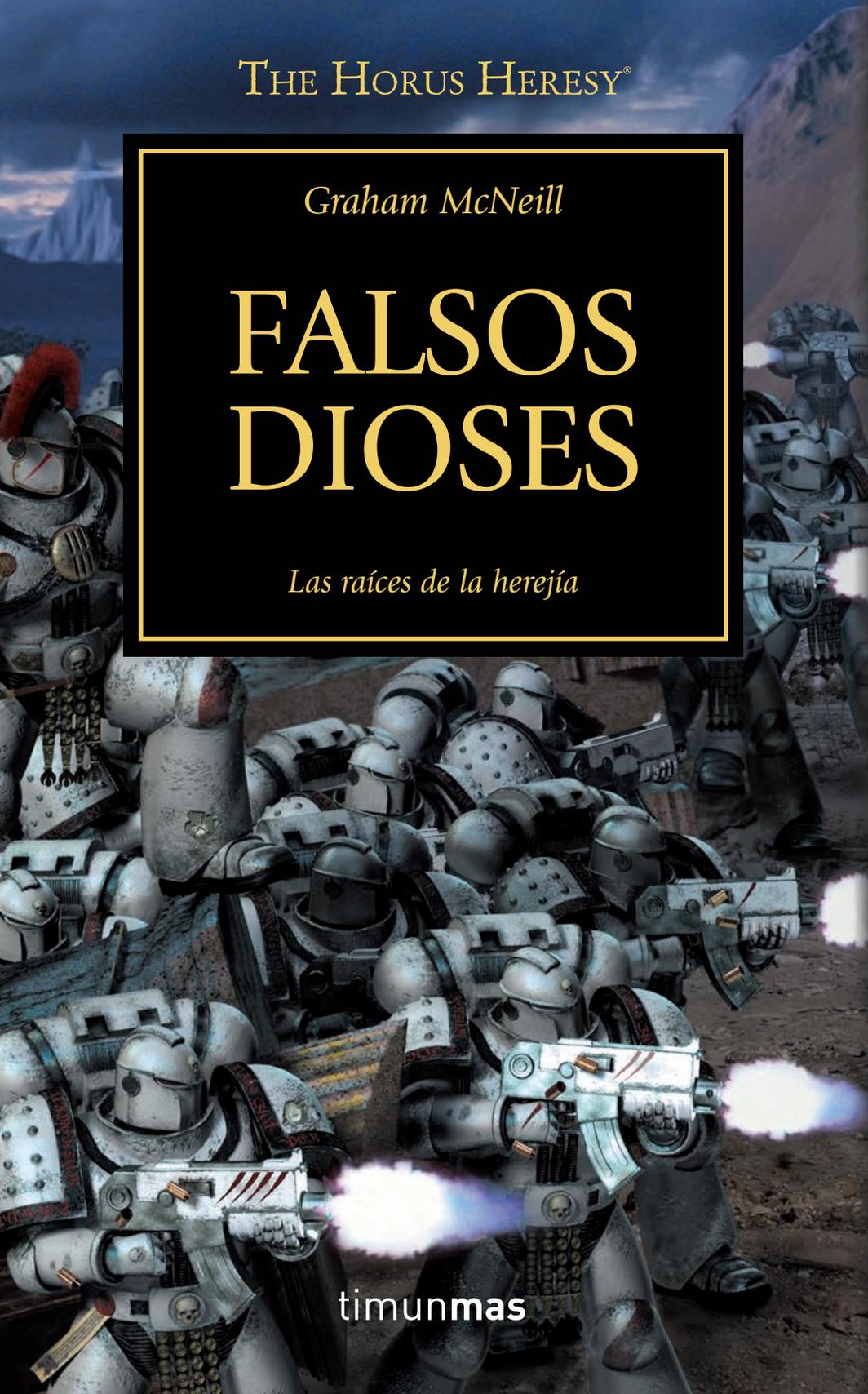
THE HORUS HERESY®

Graham McNeill

FALSOS DIOSES

Las raíces de la herejía

timunmas



THE HORUS HERESY™

FALSOS DIOSES

Graham McNeill

timun**mas**

Título original: *False Gods*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

False Gods, Falsos dioses, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como * o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2006 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2006

© De la traducción Games Workshop Limited. 2007. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2007, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0310-7

Preimpresión: gama, sl

Depósito legal: B. 2.251-2016

Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

Descendiente de Terra Colosos Luna rebelde

El ciclópeo Magnus, Rogal Dorn, Leman Russ: nombres que resuenan llenos de historia, nombres que le daban forma a la propia Historia. Recorrió con los ojos la lista: Corax, el Cazador en la Oscuridad, Angron... , y así a lo largo de todo un legado de heroísmos y conquistas, de mundos reclamados en nombre del Emperador como parte del siempre creciente Imperio de la Humanidad.

La emocionaba el simple hecho de oír aquellos nombres en el interior de su cabeza.

Sin embargo, el nombre más importante de todos ellos se encontraba al inicio de la lista.

Horus, el señor de la guerra.

Había oído que sus soldados lo llamaban Lupercal, un sobrenombre lleno de afecto hacia su amado comandante. Era un nombre que se había ganado a pulso en el fragor del combate: en Ullanor, en Muerte, en Sesenta y Tres Diecinueve, un mundo cuyos habitantes, en su ignorancia y erróneamente, llamaban Terra, y en un millar de otras batallas que ella todavía no había consignado en sus propios implantes mnemónicos.

La idea de que estuviera tan, tan lejos de las extensas propiedades que su familia poseía en Kairos y de que pronto se hallaría a bordo del *Espíritu Vengativo* para grabar la Historia en directo la dejaba sin aliento. Sin embargo, estaba allí para algo más que registrar todos los hechos históricos que se produjeran. Sabía en lo más profundo de su ser que el propio Horus era la Historia.

Se pasó una mano por el largo cabello negro brillante, que llevaba re-

cogido en un estilo considerado a la moda en la corte de Terra. Tampoco era que nadie desplegado en un lugar tan lejano del espacio fuese capaz de reconocerlo. Luego se pasó las largas uñas por la suave y perfecta piel del rostro. Los rasgos oliváceos del rostro se le habían moldeado a lo largo de una vida de riqueza y de esculpido facial hasta llegar a ser regios y distinguidos, con la cantidad justa y adecuada de altivez marcada en la orgullosa línea de la mandíbula.

Era llamativa y de una estatura elevada. Estaba sentada en el escritorio de madera de arce, una herencia familiar que su padre afirmaba con orgullo habían recibido de manos del propio Emperador en persona en la figura de su bisabuela después de la gran ceremonia de juramento celebrada en los Urales. Escribió en la placa de datos con la pluma mnemónica de color dorado. La punta reactiva se estremeció en respuesta a su estado emocional entusiasmado. Unas cuantas palabras al azar aparecieron en la resplandeciente superficie de brillo suave. Los cristales raíces orgánicos de la pluma captaron los pensamientos superficiales que se le formaban en los lóbulos frontales.

Cruzada... Héroe... Salvador... Destructor.

Sonrió y borró aquellas palabras con una suave pasada de una de las cuidadas uñas de manicura perfecta, con el borde pulido hasta un nivel fractal, y empezó a escribir de nuevo con la pluma unos trazos curvados y pronunciados.

Es con un gran ánimo y un solemne sentido del deber que yo, Petronella Vivar, Palatina Majoria de la Casa Carpinus, escribo estas palabras. He viajado durante un largo año desde Terra, soportando muchos esfuerzos e inconvenientes...

Petronella frunció el entrecejo y borró con rapidez las palabras que había escrito. Se sentía furiosa por haber copiado la afectación antinatural que tanto la molestaba de los escritos que los rememoradores enviaban desde las líneas del frente de la Gran Cruzada.

Sobre todo la irritaban los textos que redactaba Sindermann, aunque los últimos habían sido cada vez más cortos y escasos. Dion Phraster producía algunas sinfonías pasables, pero nada que disfrutara durante más de un día o dos del favor de las salas de baile de Terra, a pesar de que eran bastante agradables. Los paisajes de Keland Roget eran sin duda vibrantes, pero poseían una hipérbole en la pincelada que ella creía innecesaria.

Ignace Karkasy había escrito unos cuantos poemas algo pasables, pero Petronella consideraba que las imágenes con las que a menudo describía la cruzada eran poco halagadoras para una empresa de una envergadura

tan increíble (sobre todo en el titulado *Sangre por error*). Se preguntaba con frecuencia por qué el señor de la guerra le permitía escribir textos semejantes. Se imaginó que quizá se le pasaba por alto el subtexto de las composiciones de Karkasy, pero después se rió ante la idea de que a alguien como Horus se le pasara lo más mínimo por alto.

Se reclinó en la silla y dejó la pluma en su soporte correspondiente cuando de repente la asaltó una duda preocupante. Era muy crítica con los demás rememoradores, pero todavía tenía que demostrar su valía entre ellos.

¿De verdad podía hacerlo mejor que ellos? ¿Podía encontrarse cara a cara con el mayor héroe de la época, considerado un dios por algunos, aunque aquello fuera considerado un concepto ridículo y desfasado en aquellos días, y lograr lo que otros, en su opinión, no habían podido conseguir? ¿Quién era ella para creer que sus torpes capacidades podrían hacerle justicia a los grandes logros que el señor de la guerra estaba forjando al rojo vivo en el yunque de las batallas?

Luego recordó su linaje y enderezó la espalda. ¿No era descendiente de la Casa Carpinus, una de las mejores y más influyentes entre las familias nobles de la aristocracia de Terra? ¿No había registrado la Casa Carpinus en las crónicas el ascenso del Emperador y el aumento de su área de influencia a lo largo de las Guerras de Unificación? Habían sido testigos de su crecimiento desde un imperio en un solo planeta hasta llegar a ser un dominio que se extendía de un extremo a otro de la galaxia para recuperar el antiguo imperio de la humanidad.

Petronella abrió un grueso cartapacio como si quisiera buscar una mayor reafirmación. Tenía un monograma estampado en la cubierta de cuero, y del interior sacó un fajo de papeles. En la primera página del fajo se veía un pictograma de un miembro del Adeptus Astartes de pelo rubio claro equipado con una armadura bruñida arrodillado ante un grupo de compañeros, uno de los cuales le hacía entrega de un largo pergamino. Petronella sabía que a aquello se le llamaba un juramento de combate, una promesa realizada por los guerreros antes de entrar en batalla por la que se comprometían a poner en juego toda su habilidad y entrega en el enfrentamiento que se avecinaba. Un anagrama formado por una E y una K entrelazadas en la esquina de la imagen identificaba a la escena como una de las pictografías de Euphrati Keeler. Aunque se mostraba reticente a mostrar aprecio alguno por la tarea de cualquiera de los rememoradores, tuvo que reconocer que la instantánea era magnífica.

Dejó a un lado la imagen con una sonrisa y dejó al descubierto una hoja

de papel de grano grueso que había debajo. La hoja llevaba estampada la marca de agua tradicional en forma de águila de dos cabezas que representaba la unión de los Adeptus Mechanicus de Marte con el Emperador, y las palabras estaban escritas con los trazos cortos y angulosos típicos de la mano del Sigilita, con unas líneas rápidas y bruscas que dejaban las palabras a medio terminar, algo propio de una persona que escribía con prisas. La inclinación hacia arriba de la terminación de las letras mayúsculas también indicaba que esa persona tenía en la cabeza muchas cosas de las que preocuparse, aunque ella se preguntó cuál sería el motivo, puesto que el Emperador ya había regresado a Terra.

Sonrió de nuevo al leer la carta una vez más, la centésima vez por lo menos desde que había partido del puerto de Gyptus, a sabiendas de que se trataba del mayor honor que le habían concedido a su familia.

Un estremecimiento de impaciencia le recorrió la espalda cuando oyó las sirenas y una voz automática distorsionada procedentes de los altavoces de rebordes dorados alineados a lo largo del pasillo que daba a su camarote. La voz anunciaba que la nave había anclado sobre la órbita exterior del planeta.

Había llegado por fin.

Petronella tiró de un cordón plateado situado en un lado del escritorio. Un instante después, la campanilla de la entrada de la puerta sonó, y Petronella sonrió. Sabía sin necesidad de darse la vuelta que tan sólo Maggard podría haber respondido con tanta rapidez a su llamada. Aunque jamás pronunciaba una sola palabra en presencia de Petronella, y jamás lo haría, gracias a la cirugía que le habían efectuado los médicos de la familia siempre sabía cuándo él estaba cerca por el estremecimiento agitado de su pluma mnemónica al reaccionar ante los fríos pensamientos de Maggard.

Se dio la vuelta sobre la silla de mullido cojín para hablar.

—Ábrete.

La puerta se abrió con suavidad, pero Petronella dejó pasar un momento antes de dirigirse a Maggard, y éste esperó hasta que ella habló.

—Tienes permiso para entrar —le dijo.

Petronella contempló cómo su guardaespaldas desde hacía ya veinte años cruzaba con agilidad el umbral para entrar en aquel camarote de frescos dorados y escarlatas. Cada movimiento que efectuaba era preciso y controlado, como si todo su cuerpo, desde los músculos duros y esculpidos de las piernas hasta los hombros anchos y poderosos, se encontrara en una tensión continua.

Se colocó a un lado de la puerta mientras ésta se deslizaba para cerrarse a su espalda, y sus inquietos ojos dorados contemplaron el techo cubierto de filigrana y las estancias adyacentes supervisándolo todo en una serie de espectros de la luz en busca de cualquier indicio sospechoso. Mantuvo una mano en la empuñadura de la pistola y la otra en el pomo del sable kirliano de hoja bruñida. Los brazos desnudos mostraban las débiles cicatrices de la cirugía de implantes modificadores. Aquellas líneas pálidas le cruzaban la piel morena, incluido el tejido que rodeaba los ojos sustituidos por unos implantes biométricos espectrográficos que le permitían proteger mejor a aquella descendiente de la Casa Carpinus.

Iba equipado con una armadura de placas de metal y dorada cota de malla de color plateado. Maggard asintió con gesto adusto para indicar que la estancia se encontraba despejada, aunque Petronella se lo podría haber dicho sin toda aquella ceremonia. Sin embargo, si se tenía en cuenta que la vida de Maggard dependía literalmente de que a ella no le ocurriera nada malo, era comprensible que tomara todas aquellas precauciones.

—¿Dónde está Babeth? —le preguntó Petronella mientras metía de nuevo la carta del Sigilita en la carpeta para luego sacar la pluma mnemónica de su soporte.

Colocó la punta sobre la placa de datos y despejó la mente a fin de que los pensamientos de Maggard pudieran formar las palabras que su garganta ya no era capaz de crear. Petronella frunció el entrecejo mientras leía las palabras que iban apareciendo en la placa.

—No tiene por qué estar durmiendo —le replicó de inmediato—. Despiértala. Me van a presentar al héroe más importante de la Gran Cruzada y no voy a permitir que me vea con este aspecto de haber salido de alguna clase de peregrinaje en masa de Terra. Que venga y traiga la túnica de terciopelo, la de color escarlata con el cuello alto. Quiero que esté aquí en cinco minutos.

Maggard asintió y se marchó, pero no antes de que ella notara una emocionante sensación cuando vio que la pluma mnemónica se movía de nuevo y garabateaba unas últimas palabras en la placa de datos:

... *brona hija de pu...*

Su nombre significaba «Día de la Ira» en uno de los antiguos lenguajes de Terra, y Jonah Aruken sabía que era un nombre bien merecido. Se alzaba ante él como un dios antiguo procedente de tiempos inmemoriales. El *Dies Irae* era un inmenso monumento a la guerra y a la destrucción. La

cabeza blindada se encontraba muy por encima de la dotación de tierra que se afanaba a sus pies como un grupo de adoradores.

El titán de la clase Imperator representaba el pináculo de los conocimientos y la habilidad del Adeptus Mechanicum, la culminación de milenios de guerras y de tecnología militar. El titán no tenía otro motivo para existir más que la destrucción, y había sido diseñado con toda la afinidad natural que la humanidad poseía hacia el arte de matar. La máquina de guerra medía cuarenta y tres metros de alto, un colosal gigante blindado de acero que se alzaba sobre unas piernas con bastiones y almenas que podían albergar toda una compañía de soldados con las tropas de apoyo adicionales.

Jonah contempló la maniobra que desplegaría un largo estandarte negro y dorado entre ambas piernas del titán, lo que le daba el aspecto del taparrabos de alguna clase de salvaje feroz. La tela llevaba bordada el emblema de la Legio Mortis: la calavera de la muerte. Decenas de estandartes de menor tamaño, cada uno con el nombre de una gloriosa victoria lograda por el señor de la guerra, iban cosidos al estandarte de honor, y Jonah sabía que se añadirían muchos más antes de que la Gran Cruzada acabase.

Unos gruesos cables serpenteantes bajaban desde los generadores de energía protegidos instalados en la parte superior hacia el torso blindado del titán, donde el poderoso reactor de plasma de la máquina de guerra recibía la energía de una estrella enjaulada.

La superficie de adamantium estaba marcada por agujeros y quemaduras como consecuencia del combate. Los tecnoadeptos todavía se esforzaban por repararlos después de la batalla contra los megarácnidos. A pesar de aquello, se trataba de una visión magnífica y amilanadora, aunque no fuese capaz de hacerle olvidar los retortijones de estómago provocados por la excesiva ingestión de amasec la noche anterior.

Las gigantescas grúas rugientes que colgaban de la parte superior transportaban enormes cargadores de proyectiles y los largos cohetes de cabeza achatada hacia las recámaras de los montajes de armas del titán. Cada arma tenía el tamaño de un bloque de habitáculos: enormes cañones rotatorios, obuses de largo alcance, incluso un monstruoso cañón de plasma que tenía la potencia suficiente para arrasarse ciudades enteras. Observó cómo las dotaciones de artillería preparaban las armas y sintió la familiar mezcla de emociones, orgullo y ansiedad, mientras se dirigía hacia el titán. Sonrió ante el evidente simbolismo masculino de los preparativos para el combate en un titán.

Se echó a un lado de un salto cuando una carretilla cargada de proyectiles para el cañón Vulkan pasó a toda velocidad a pocos centímetros de él. El vehículo lo esquivó por muy poco antes de seguir a toda velocidad serpenteando entre el caos organizado que formaba el personal de tierra, la tripulación del titán y la dotación del lugar. Se detuvo con un chirrido de frenos y el conductor se dio la vuelta.

—¡Mira por dónde vas, idiota de las narices! —le gritó al mismo tiempo que se ponía en pie para dirigirse hacia él—. ¿Es que los tripulantes del titán os pensáis que podéis andar por ahí paseando? Pues vas a...

No llegó a pronunciar las siguientes palabras. Se puso en posición de firmes un momento después de darse cuenta de las insignias y del emblema del cráneo alado que Jonah llevaba en las hombreras. Los galones de la chaqueta del uniforme indicaban que se trataba nada menos de un *moderati primus* del *Dies Irae*.

—Lo siento —le contestó Jonah con una sonrisa y abriendo los brazos de par en par en un gesto de disculpa humorística. Vio que el individuo contenía el impulso de decirle algo más—. No lo vi llegar, jefe. Es que tengo una resaca de narices. Además, ¿qué demonios hacía conduciendo a tanta velocidad? Podría haberme matado.

—Es que se me puso justo delante, señor —le contestó el individuo sin dejar de mirar fijamente a un punto situado un poco por encima del hombro de Jonah.

—¿Eso he hecho? Bueno, pues... entonces... tenga más cuidado la próxima vez —le replicó Jonah mientras se daba la vuelta y se alejaba.

—Pues entonces mira por dónde vas... —repuso el individuo en voz muy baja antes de subirse a la carretilla transportadora y seguir conduciendo.

—¡Tenga cuidado! —le gritó Jonah al conductor desde lejos, imaginándose los insultos que el individuo estaría dirigiendo a esos «malditos tripulantes del titán» que luego repetiría a sus compañeros del personal de tierra.

A Jonah le daba la sensación de que el hangar, a pesar de medir más de dos kilómetros de longitud, estaba abarrotado. El olor a aceite de motor, a grasa y a sudor que captó en su caminata hacia el *Dies Irae* no ayudó en nada a la resaca que sufría.

Una hueste de titanes de combate de la Legio Mortis se encontraba en ese lugar, lista para la batalla: Reavers de medio alcance, rugientes Warhounds y los poderosos Warlords, aparte de algunos de los recién llegados titanes de la clase Night Gaunt. Sin embargo, ninguno de ellos podía competir en

esplendor con la impresionante visión que era un titán de la clase Imperator. El *Dies Irae* los empequeñecía a todos en tamaño, potencia de combate y magnificencia. Jonah sabía que no existía nada en la galaxia que fuese capaz de resistir cara a cara frente a aquella máquina de guerra.

Se ajustó el cuello y abrochó los botones de bronce de la chaqueta del uniforme. Luego tiró de ella para alisarla y ajustársela al fornido cuerpo antes de llegar a uno de los inmensos pies del titán. Después se pasó una mano por el largo cabello negro que le llegaba hasta los hombros en un último intento por, al menos, no dar la impresión de que había dormido con la ropa puesta. Distinguió la delgada silueta angular de Titus Cassar, otro moderati primus como él. Estaba trabajando en algo detrás de una terminal de exploración. Jonah no tenía ningunas ganas de que le soltara otro sermón sobre las noventa y nueve virtudes del Emperador.

Al parecer, tener un aspecto atildado era una de las más importantes.

—Buenos días, Titus. —Lo saludó procurando mantener un tono de voz alegre.

Cassar levantó la cabeza sorprendido y escondió con rapidez una hoja doblada bajo una pila de informes de control.

—Llegas tarde —le contestó, recuperándose con rapidez—. El toque de diana fue hace una hora y la puntualidad es una de las virtudes del individuo piadoso.

—No empieces, Titus —respondió Jonah mientras alargaba con rapidez una mano y sacaba la hoja que Cassar se había apresurado a ocultar. Cassar intentó detenerlo, pero Jonah fue demasiado veloz para él y blandió la hoja delante de su cara—. Si el princeps te pilla leyendo esto, acabarás como servidor de disparo antes de que te des cuenta.

—Jonah, devuélvemelo, por favor.

—No estoy de humor para sufrir otro de tus sermones del maldito *Lectio Divinitatus*.

—De acuerdo. No te lo echaré. Y ahora, dame eso, por favor.

Jonah asintió y le pasó el papel bien doblado a Cassar, quien se apresuró a agarrarlo y a metérselo en un bolsillo de la chaqueta del uniforme. Jonah se frotó las sienes con la palma de las manos.

—Bueno, ¿y qué prisa hay? No parece que la muchacha esté ni siquiera preparada para las comprobaciones previas al despliegue, ¿verdad?

—Te ruego que dejes de referirte al titán como si fuera una persona, Jonah. Es algo que recuerda la antropomorfización pagana. Un titán es una máquina de guerra, nada más. Acero, adamantium y plasma bajo el control de carne y huesos.

—¿Cómo puedes decir eso? —le preguntó Aruken mientras se acercaba a la plancha de acero de una sección de la pierna. Luego subió los escalones que llevaban hasta uno de los portales de entrada y le dio una fuerte palmada al metal antes de hablar—. Titus, es obvio que se trata de una chica. Mira esas piernas bien torneadas, la curva de las caderas. Además, ¿no nos lleva en su interior como si fuera una madre que protegiese a sus hijos todavía no nacidos?

—En la burla se encuentra la semilla de la blasfemia —le respondió Cassar sin el menor rastro de ironía—. Y no lo permitiré en mi presencia.

—Vamos, Titus —insistió Aruken—. ¿Es que no lo sientes cuando te encuentras en su interior? ¿No oyes el latido de su corazón en el rugido de su reactor, o la furia de su ira cuando braman sus armas?

Cassar se dio la vuelta para centrarse de nuevo en el panel de control antes de contestar.

—No, no lo hago, y no me apetece escuchar ninguna más de tus tonterías. Ya vamos retrasados con las comprobaciones de preparación. El princeps Turnet nos despellejará y clavará las pieles al casco si no estamos preparados a tiempo.

—¿Dónde está el princeps? —preguntó Jonah, poniéndose serio de repente.

—En el consejo de guerra —le contestó Cassar.

Aruken asintió y bajó los peldaños del pie del titán para reunirse con Cassar delante del puesto de exploración, pero soltó una última broma.

—Sólo por el hecho de que nunca hayas estado con una mujer no significa que yo no tenga razón.

Cassar lo miró enfurecido.

—Ya basta. El consejo de guerra acabará dentro de poco y no permitiré que digan que la Legio Mortis no estaba preparada para cumplir las órdenes del Emperador.

—Querrás decir las órdenes de Horus —lo corrigió Jonah.

—Ya hemos hablado de esto antes —replicó Cassar—. La autoridad de Horus emana del Emperador. No lo olvidemos, porque sería peligroso.

—Puede que lo sea, pero ya han pasado muchos días, oscuros y sangrientos, desde que el Emperador combatió a nuestro lado por última vez, y, sin embargo, Horus siempre ha estado con nosotros en todos y cada uno de los campos de batalla.

—Sí que lo ha estado, y sólo por eso lo seguiría en combate hasta las mismísimas estrellas del Halo —afirmó Cassar—. Pero hasta el señor de la guerra debe responder ante el Dios Emperador.

—¿El Dios Emperador? —contestó Jonah con un siseo antes de inclinarse para acercarse a Cassar al ver que varios miembros de la tripulación de tierra giraban la cabeza hacia ellos—. Mira, Titus, tienes que dejar toda esa estupidez del Dios Emperador. Un día de éstos vas a decirlo delante de la persona equivocada y te abrirán la cabeza. Además, hasta el propio Emperador dice que no es un dios.

—«Sólo los verdaderamente divinos niegan su divinidad» —proclamó Cassar, citando el libro que siempre llevaba encima.

Jonah alzó las dos manos en un gesto de rendición.

—Muy bien, como tú quieras, Titus, pero luego no digas que no te lo advertí.

—«Los justos no deben temer nada de los malvados, y...»

—Titus, no me vengas con otra de tus lecciones de ética —le cortó Jonah con un suspiro. Se dio la vuelta y contempló cómo un destacamento de soldados del Ejército Imperial entraba en el hangar, con los rifles láser guardados en las fundas de lona que les colgaban del hombro—. ¿Se sabe algo de contra qué nos vamos a enfrentar en este mundo? —preguntó cambiando de tema—. Espero que sea contra los pielesverdes. Todavía les debemos la destrucción del *Vulkas Tor* en Ullanor. ¿Crees que serán los pielesverdes?

Cassar se encogió de hombros.

—No lo sé, Jonah. ¿Es que acaso importa? Luchamos contra aquellos que nos ordenan nuestros superiores.

—Es que me gustaría saberlo.

—Ya lo sabrás cuando el princeps Turnet regrese —insistió Cassar—. Y hablando de eso, ¿no sería mejor que tuvieras preparado el puesto de mando para cuando él regrese?

Jonah asintió. Sabía que su camarada moderati estaba en lo cierto y que ya había perdido bastante tiempo lanzándole pullas. El princeps general Esau Turnet se merecía la reputación de guerrero implacable y temible que tenía, y mantenía un férreo control sobre todos los aspectos del *Dies Irae*. Puede que las dotaciones de los titanes disfrutaran de una cierta libertad en su comportamiento comparadas con los soldados comunes, pero Turnet no toleraba semejante permisividad en la tripulación del *Dies Irae*.

—Tienes razón, Titus. Lo siento.

—No me pidas perdón —le respondió Cassar al mismo tiempo que le señalaba la entrada en la pierna del titán—. Ponte en marcha.

Jonah le hizo un rápido saludo y después subió al trote los peldaños, dejando a Cassar que terminara los preparativos necesarios para el repos-

taje del titán. Avanzó a través de los soldados que embarcaban, que gruñían cuando los empujaba a un lado para abrirse paso. Algunos alzaron la voz para protestar, pero se callaron de inmediato cuando vieron su uniforme. Sabía que era posible que sus vidas dependieran por completo de él, lo que acalló todos los reparos.

Jonah se detuvo un momento en el umbral de la entrada al titán para saborear aquel instante. Echó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba, recorriendo con la mirada toda la altura de la gigantesca máquina de guerra. Luego entró inspirando profundamente al pasar bajo la moldura de la gran águila bordeada de rayos que era el marco de la puerta del titán.

La luz roja lo cubrió por completo cuando entró en el interior frío y austero del titán. Empezó a recorrer los pasillos de techos bajos con una familiaridad producto de las incontables horas que había pasado aprendiéndose el lugar de cada tornillo y remache que mantenía unido al *Dies Irae*. No existía un solo rincón del titán que Jonah no conociera a la perfección. Estaba al tanto de cada pasillo, cada escotilla y cada secreto que la máquina de guerra albergaba. Ni siquiera Titus o el propio princeps Turnet conocían el *Dies Irae* tan bien como él.

Jonah llegó al extremo de un estrecho pasillo, donde se encontraba una gruesa puerta de hierro vigilada por dos soldados que llevaban puestas unas placas pectorales bruñidas de color negro sobre unas túnicas de cota de malla plateada. Tenían la cara tapada por una máscara con la forma de la calavera de la muerte de Legio Mortis y estaban armados con una corta porra eléctrica aturdidora y una pistola de energía. Notó cómo se ponían tensos al verlo aparecer, pero también cómo se relajaron al reconocerlo.

Jonah hizo un gesto de asentimiento hacia ambos.

—Moderati primus en camino desde los niveles inferiores hacia los niveles medios.

El soldado que tenía más cerca asintió a su vez y le indicó con un gesto un panel negro de superficie vítrea al mismo tiempo que el otro desenfundaba la pistola. El extremo del cañón del arma mostraba un leve resplandor, ya que de allí sobresalían de forma amenazadora dos pequeñas agujas plateadas de acero entre las cuales brillaba un chasqueante rayo azul. La pistola era capaz de disparar unas tremendas descargas de energía con la potencia suficiente para arrancar la carne de los huesos con un solo rayo, pero que no rebotarían en las paredes del estrecho pasillo como ocurriría con un proyectil.

Jonah pegó una palma al panel y esperó a que un cono de luz amarilla

le recorriera la mano. La luz que había sobre el dintel de la puerta pasó a ser verde y el soldado que estaba más cerca hizo girar el cierre que abría la compuerta.

—Gracias —le dijo Jonah mientras cruzaba la entrada.

Al otro lado se encontraba una de las escaleras de servicio que subían por la pierna del titán. La estrecha estructura de rejilla giraba en espiral alrededor de los gruesos músculos de fibra y de los palpitantes cables que estaban rodeados por un centelleante campo de energía, pero Jonah no prestó atención a nada de aquello. Estaba demasiado concentrado en su estómago, que no dejaba de revolverse mientras subía por la estrecha y asfixiante escalera. Tuvo que detenerse para recuperar el aliento a mitad de camino y limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano antes de seguir subiendo y llegar al siguiente nivel.

El aire a aquella altura era más fresco, ya que las potentes unidades de reciclamiento dispersaban el calor generado por la expulsión de los gases del reactor de plasma. Varios adeptos con las cabezas cubiertas con capuchas prestaban atención a los parpadeantes paneles de control mientras elevaban con cuidado los niveles de plasma en el reactor. Los miembros del personal de a bordo pasaban a su lado en los abarrotados confines del interior del titán sin dejar de saludarlo. El *Dies Irae* estaba tripulado por los mejores individuos posibles. Tenían que ser buenos, ya que de lo contrario, el princeps Turnet no los habría escogido. Todos los hombres y mujeres que tenían a cargo el titán habían sido elegidos personalmente por su experiencia y dedicación.

Jonah llegó por fin a la cámara de los moderati, en el corazón del titán, y colocó su autenticador en la ranura que había al lado de la puerta.

—Moderati primus Jonah Aruken.

El mecanismo de cierre soltó un chasquido y la puerta se abrió deslizándose hacia un lado con un leve campanilleo. Al otro lado se extendía una brillante estancia abovedada, con paredes curvadas de metal reluciente y media docena de espacios abiertos distribuidos de forma pareja por el techo de cúpula.

Jonah se quedó en el centro de la estancia.

—Puente de mando, moderati primus Jonah Aruken.

El suelo a sus pies titiló y se estremeció como el mercurio. Apareció un disco que formaba un círculo perfecto, de un metal que reflejaba la luz como si fuera un espejo. El delgado disco lo elevó por el aire y ascendió alejándose del suelo. Jonah atravesó uno de los agujeros del techo y pasó por uno de los tubos de transporte que ascendían hacia la cúspide del ti-

tán. Las paredes del tubo brillaban con su propia luz interna. Jonah tuvo que contener un bostezo en el mismo instante que el disco plateado se detenía al llegar al puente de mando.

El interior de la sección de la cabeza del *Dies Irae* era amplio y liso, con huecos abiertos a ambos lados del pasillo principal, donde los adeptos encapuchados y los servidores estaban conectados de forma directa a las funciones principales de la colosal máquina.

—¿Cómo está todo el mundo en esta magnífica mañana? —preguntó en voz alta, a nadie en particular—. ¿Preparados para llevar la guerra a los paganos una vez más?

Como ya era habitual, nadie le contestó. Jonah hizo un gesto negativo con la cabeza a la vez que sonreía y se encaminó hacia la parte delantera del puente de mando. Sintió que la resaca remitía ante la idea de que en breves instantes se iba a interconectar con la red de mando. Había tres asientos sobre una plataforma elevada situada delante de una reluciente pantalla táctica de color verde. De los reposabrazos y cabecera de cada uno de los asientos salían manojos de cables cubiertos de aislante.

Dejó a un lado el asiento central, el del princeps Turnet, y se sentó en el del extremo derecho. Apenas necesitó acomodarse en el hueco que ya había formado en el cuero crujiente a lo largo de los años.

—Adeptos, conéctenme —dijo en voz alta.

Aparecieron dos adeptos del Mechanicum, vestidos con túnicas rojas, uno a cada lado del asiento. Se movían con cierta lentitud, pero con perfecta sincronía entre ellos. Le pusieron unos delgados guantes microcelulares, cuya superficie mnemónica se le uniría a la piel y registraría sus signos vitales. Otro adepto bajó un conjunto plateado de sensores encefalográficos que le colocó en la cabeza. Se alegró de sentir de nuevo aquella sensación fría del metal contra la piel.

—No se mueva, moderati —le indicó con voz átona el adepto que estaba a su espalda—. Los dendritos corticales están a punto de desplegarse.

Jonah oyó el siseo de las abrazaderas del cuello cuando surgieron del reposacabezas. Con el rabillo del ojo distinguió los serpenteantes cables de metal que surgieron de las abrazaderas. Se preparó para el momentáneo instante de dolor que siempre se producía en la conexión mientras se le deslizaban por las mejillas hacia los ojos como gusanos plateados.

Un segundo después los vio con claridad: unos increíbles cables metálicos, más delgados que un cabello humano pero capaces de transmitir una inmensa cantidad de información.

Las abrazaderas le sujetaron la cabeza con fuerza cuando los cables pla-

teados descendieron y penetraron a través de los rabillos de los ojos, arrastrándose por los nervios ópticos hasta llegar al cerebro, donde por fin se conectaron directamente a la corteza cerebral.

Soltó un gruñido al sentir en el cerebro el momentáneo espasmo de dolor provocado por la conexión, pero se relajó de inmediato cuando notó que el cuerpo del titán se fundía con el suyo. La información lo inundó por completo cuando los dendritos corticales la introdujeron en las zonas del cerebro que en condiciones normales no se utilizaban, lo que le permitió sentir todas y cada una de las partes de la gigantesca máquina como si fueran extensiones de su propio cuerpo.

A los pocos microsegundos, los implantes posthipnóticos de las porciones de su subconsciente estaban realizando las comprobaciones previas al despliegue. El interior de las cuencas oculares se le iluminó con las listas de datos telemétricos, el estado de las armas, los niveles de combustible y un millón de otros fragmentos de información que le permitían tener bajo su control aquel maravilloso y potente titán.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó uno de los adeptos. Jonah se echó a reír.

—Sienta bien ser el rey —le contestó.

Cuando los primeros destellos de luz resplandecieron en el cielo, Akshub supo que la historia había llegado a su planeta. Cerró una mano que más parecía una garra con más fuerza alrededor del bastón cargado de fetiches colgantes, a sabiendas de que acababa de producirse un momento que la humanidad no olvidaría, un momento que anunciaba el día en que los propios dioses saldrían del mito y la leyenda para forjar el futuro en sangre y fuego.

Había esperado aquel día desde que el gran guerrero del cielo le había indicado cuál era la sagrada tarea que ella debía realizar, la tarea para la que estaba destinada desde que era poco más que un bebé mecido en brazos. Cuando el enorme orbe rojo del sol se alzó en el norte, los vientos secos y calientes le llevaron el acre olor de las pestilentes flores que crecían en los valles sembrados de tumbas de los emperadores muertos hacía ya mucho tiempo.

Había visto de pie en lo alto de la montaña como aquel día de días se desplegaba bajo ella, con lágrimas de arrobo procedentes de sus grandes ojos negros y ovalados cruzándole las arrugadas mejillas mientras los puntos de luz se convertían en estelas llameantes que atravesaban las nubes en dirección al suelo.

A sus pies, las grandes manadas de bestias cornudas cruzaban la verde sabana en dirección a los abrevaderos naturales del sur antes de que el calor del día fuera demasiado intenso como para que lograran mover sus enormes corpachones bajo el sol y los veloces depredadores de colmillos afilados salieran de sus madrigueras en la roca. Varias bandadas de pájaros de alas anchas sobrevolaban los picos más altos de las montañas lanzando gritos estridentes pero musicales mientras aquel día señalado continuaba su marcha.

Las diversas formas de vida seguían con su comportamiento habitual, incapaces de darse cuenta de que en aquel planeta sin importancia estaban a punto de producirse unos hechos que cambiarían para siempre el destino de la galaxia.

En aquel día de días, tan sólo ella era capaz de apreciar aquello.

La primera oleada de cápsulas de desembarco aterrizó alrededor del macizo central exactamente a las 16.04 horas. Los chorros aullantes expulsados por las toberas los hicieron descender sobre columnas de fuego cuando cruzaron la atmósfera inferior. Los siguieron las naves de combate Stormbird, que acechaban cual peligrosos pájaros de presa en busca de un objetivo indefenso.

Las treinta cápsulas de desembarco, quemadas y ennegrecidas, provocaron grandes nubes de polvo y tierra cuando aterrizaron con fuertes impactos. Las amplias compuertas se abrieron con un estampido y cayeron retumbando sobre la llanura.

Trescientos guerreros protegidos por gruesas armaduras de placas desembarcaron con rapidez de las cápsulas y se desplegaron con una precisión mecánica. Cada una de las escuadras estableció contacto sin demora con las demás para formar un perímetro defensivo alrededor de un trozo de terreno despejado que no parecía tener importancia ninguna situado en el centro de la zona de desembarco. Los Stormbirds volaron en círculos alrededor del lugar, solapándose en las pasadas de aproximación como si estuvieran intimidando a cualquiera que se atreviera a acercarse.

Los Stormbirds rompieron la formación de repente como si hubieran recibido alguna clase de señal y ascendieron al mismo tiempo que la forma rectangular de una Thunderhawk descendía procedente de las nubes, con la panza negra y dejando tras de sí unas estelas de color blanco azulado. Las aeronaves de mayor tamaño se arremolinaron junto a la cañonera, dando la impresión de que fueran gallinas protegiendo a un polluelo, escoltándola hasta la superficie, donde aterrizó envuelta en una nube de polvo rojo.

Los Stormbirds se alejaron aullantes para establecer una serie de circuitos de patrulla al mismo tiempo que la rampa frontal de la Thunderhawk se abría con un chirrido. El siseo del aire presurizado salió del interior. Diez guerreros equipados con los cascos rematados por penachos y la reluciente armadura plateada de los Hijos de Horus salieron en formación de la cañonera, con las hombreras cubiertas por capas de los más diversos colores que se ondulaban bajo el viento.

Todos ellos iban armados con bólters dorados que llevaban pegados al pecho y no dejaban de mirar a izquierda y derecha en busca de cualquier posible amenaza.

A continuación, de la nave salió un dios vivo, con una armadura resplandeciente de colores dorado y verde océano y una regia capa púrpura que lo enmarcaba a la perfección. En la placa pectoral de la armadura relucía el emblema de un ojo rojo, y sobre las sienes perfectas llevaba una corona de laurel.

—Davin —exclamó Horus con un suspiro—. No creí que volviera a ver este sitio.